

SUPLEMENTO INFANTIL

DE

EL BIEN PÚBLICO

Año II

Mahón 9 de Diciembre de 1926

Núm. 135

NOCHEBUENA

¡Nochebuena! Ante la proximidad de la hermosa fiesta, evocadora de la más grandiosa efemeride, sentimos que un mundo de ideas bulle en nuestra mente, haciéndonos recordar los grandes hechos del cristianismo sintiendo nuestro corazón pletórico de fe y de fervor religioso.

¡Nochebuena! Santa noche en que deben lucir esplendidas y radiantes las estrellas del Cristianismo y de la Caridad en representación de la que condujo a los Reyes Magos hasta la humilde cueva en la que en tosco pesebre, se hallaba nuestro Divido Redentor, ejemplo de humildad para los poderosos y de resignación para los humildes y necesitados. Noche hermosa, noche bella, noche pura, cuya tradición con tanto respeto y tan justamente nos han legado las pasadas generaciones, como las presentes la legarán a las venideras. Noche magnífica, noche grandiosa de recuerdo sublime e imperecedero...

Se aproxima ya la gran fiesta, y en el jubiloso sentir que el recuerdo del advenimiento del Divino Redentor, lleva a los corazones, mézclase un sentimiento de amargura, que la gran festividad cristiana, señala también las postrimerias de un año que como otros se vá para no volver y en el trascurso del cual, nos queda la duda de si hemos procedido y cumplido los deberes que el que dió su sangre para redimirnos, nos señaló en su tránsito por la tierra.

Y ante esta duda, demostrativa de la imperfección humana, el alma siente tristeza y amargura, de la que no son ajenos como propulsores, los recuerdos buenos o malos que en su estela de días, nos deja el año próximo a expirar pero tras los cuales apunta la aurora feliz del año que vá a llegar para el que nos hacemos el propósito de ser mejores, acercándonos en lo posible a la bondad, a la humana perfección.

¡Nochebuena! Hermosa y santa noche, que han festejado alegres nuestros antepasados enseñándonos con su ejemplo. Noche grande y feliz sea para todos y en ella cada uno, con Caridad cristiana, en armonía con sus medios, prodigue luz de alegría sobre los necesitados, que sea el auxilio cariñoso y fraternal para los humildes el obsequio o la dádiva generosa, como un destello del resplandor sublime que rodeara al Niño Jesús en su humilde pesebre.

Unámonos como hermanos en la gran fiesta de la Cristiandad, y al conmemorar jubilosos el advenimiento del Divino Redentor alcemos nuestras voces al unísono, posternándonos ante la humildad del Niño Jesús y como el coro celestial de los ángeles en fecha tan memorable digamos: ¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!

Que nuestra voluntad se haga acreedora a esa paz benéfica y redentora que anhelamos y repetamos todos ¡Aleluya! ¡Aleluya, la Santa Nochebuena!

AMANDA RICO.

Mahón, diciembre 1926.

REINOSA Y EL VALLE DE CAMPOO

Reinosa tiene 5.000 habitantes, es cabeza de partido judicial y tiene once ayuntamientos. Sus cuarenta calles tienen buena pavimentación y aceras, muchas están adoquinadas, y las cuatro principales formadas por la carretera que va a Santander y Burgos, están asfaltadas.

La Avenida del Doctor Cantolla, que es la primera que se encuentra al salir de la estación, es nueva, y todas las construcciones que la forman son hotelitos con jardines.

Continuación de esta vía, que termina al final del paseo de Casimiro Sáinz, es la de José Canalejas, antes del Puente; es la calle más ancha, con dobles aceras, pues además de la de las casas, hay una a cada lado de la calle con acacias. Muchas de las casas de esta vía tienen fachada de sillería, ostentando algunos escudos. Una de las casas que más llaman la atención a todo viajero es la hermosa zasona.

Paseo de Casimiro Sáinz.—Este hermoso sitio, en cuyo centro está la estatua del «genio» de Campoo, que a tan alto grado puso el nombre de su pueblo, hállase formado de tres amplios andenes, con filas de árboles y bancos, siendo dobles, con respaldo de hierro y las armas de Reinosa en los extremos, los que dan a la Avenida del Doctor Cantolla, que formada por hotelitos con caprichosos jardines, constituyen una de las vías más hermosas de la villa.

Las fuentes.—A la terminación del campo de las eras, donde se celebran las ferias de ganado vacuno, en una depresión del terreno, existe el manantial que recibe ese nombre y que constituye el primer afluente del Ebro.

Nacimiento del Ebro.—En el hermosísimo valle de Campoo de Suso, de casucas que forman la aldea de «Fontibre», pueblo que para nada figuraría en la Geografía ni en la Historia, si no fuese porque en él se encuentran las fuentes del «Ebro», el río más importante de España, el que en la antigüedad dió nombre a nuestra Patria. Casimiro Sáinz supo tomar muy buenos cuadros de este bello sitio.

Casimiro Sáinz.—En Matamorosa, pueblo del ayuntamiento de Campoo de Emmedio, distante tres kilómetros de la villa, nació el 4 de marzo de 1853 este insigne artista.

Su vocación fué por la pintura, demostrando siempre grandes aptitudes por este ramo de Bellas Artes, pues en sus primeros dibujos hechos en papel ordinario y con mal lápiz, columbrábase el «quid divinum» que poseen los dotados por la naturaleza. En un año cursó las seis asignaturas de la Escuela de Bellas Artes; fué cuando, sin duda, la fuerza de su voluntad dominó los estravíos de la razón y se desvaneció confusa, atropellada y perturbada.

Y en el Manicomio del doctor Esquerdo falleció el 19 de agosto de 1899 el gran Casimiro.

Tal es, en pequeños rasgos, la vida del genio de Campoo de aquel que con

el mágico pincel hizo lo que con la pluma el insigne Pereda.

Y como ya parece algo largo, hago punto hasta otra vez.

FRANCISCO ALONSO.

Eurípides, el trágico

La tragedia, que en la naturaleza se presentó desde el día en que Caín mató a Abel, y con aquel acto la envidia, que tantos corazones destroza, y que no descansa jamás, dejó ver su faz amarilla; se representó en el escenario por primera vez, en Grecia, en aquella antigua nación que tantas maravillas dejó al mundo.

Eurípides, uno de los tres grandes poetas trágicos, nació en Salamina en 480 (antes de Jesucristo) y murió en 406. Hijo de familia humilde, y habiendo transcurrido su niñez viendo cómo el vino aumenta al conocer el agua, se dedicó al estudio de la pintura, la retórica y la filosofía.

Fué gran amigo de Sócrates, y con esas amistades su talento sacó un fruto admirable. En 455 debió en la carrera dramática. Compuso 75 tragedias. De él nos quedan varias obras, entre ellas Hécuba, Orestes, Medea, Andrómaca, Los Suplicantes, Ifigenia, Los Troyanos, Las Bacantes, Hércules, etc...

La tragedia fué al principio un canto religioso, más Esquilo y Sófoles introdujeron los diálogos (con las alternativas de tranquilidad y alteración que suelen tener), durante las cuales el coro descansaba. Eurípides se apartó del camino seguido por los trágicos anteriores e introdujo nuevos elementos en la acción.

A lo sobrenatural lo sustituyó por las pasiones humanas, y en sus obras, esas señoras que tan mal librado dejan a los que las conocen, tienen amplio desenvolvimiento. Muchos críticos dicen que este fué su principal mérito, pero como hay otros que lo niegan, nosotros nos quedamos aparte por temor a no quedar bien con ninguno.

A Eurípides, como a la inmensa mayoría de los escritores, se le ponen infinitas objeciones, de tal monta algunas, que si sus coros las oyesen enmudecerían de la impresión.

Dicen que sus planes están mal coordinados, que sus argumentos están mal escogidos, que sus coros parecen a veces no tener relación con la acción, que tiene gusto por las sentencias, sean cuales sean el juicio que las motive, que se aficiona a la filosofía y que posee un énfasis verboso, como si fuera orador de altura.

Estos juicios son de los antiguos, y ya sabemos que para juzgar a un autor sus contemporáneos no son los que más imparcialidad ponen en el juicio.

Los críticos modernos, por el contrario, alaban la parte artística de su teatro y lo defienden de tales ataques.

A nosotros sólo nos resta decir que de sus obras sacaron algunos poetas cumbres argumentos y materiales con que construir obras que les han colocado en lugar preeminente dentro del Parnaso.

MERIDIANO.

EL MODERNISMO

En el sistema nervioso, en las ciencias y en las artes, en la moda, en todas partes, el modernismo dichosos

Es el tirano que impera, y yo contra él me sublevo. El aire es un aire nuevo, y el agua ya no es lo que era.

Ni el doctor más eminente de eludirlo encuentra el modo. Hoy es neurastenia todo lo que padece la gente.

Hasta del crimen horrible se busca la explicación:

El fluido la sugestión, ¡el absurdo! ¡lo imposible!

Los actos más censurables son un vicio natural.

Hoy es todo criminal un enfermo irresponsable.

A las cosas menos serias le dan grandes proporciones.

Los callos, los sabañones son microbios y bacterias.

Nos deben inocular, si hemos de vivir inmunes, todos los virus comunes que nos puedan atacar.

Contra el sastré, el anti humano

facturis; contra el casero, debe uno inyectarse el suero

anti-rábico-pagano.

En el Arte, la invasión es más terrible y cruel.

Hoy ya no pinta el pincel; el cuadro es una impresión.

No ha de copiar el artista la nube, el monte ni el río,

y así el paisaje es un llo de la escuela impresionista.

Ni la novela ni el drama han de tener interés,

y así escribiendo un ciempiés, se consiguen gloria y fama.

Del modernismo me asusto, y confesaré en conciencia

que eso es más bien decadencia.

falta de nervio y mal gusto.

La moda con sus patronos nos convierte en mamarrachos.

¡Parecen hembras los machos, y las mujeres, varones!

A la esposa, débil ser, no presta apoyo el marido.

¡Hoy va el esposo cogido del brazo de su mujer!

Si al mal no ponemos tasa, la ruina será completa,

y pronto haremos calceta los caballeros en casa.

Yo me atrevo a transigir con los más raros excesos pero modernismos de esos no se deben consentir.

Bueno que quieran borrar usos, costumbres y nombres; ¿pero dejar de ser hombres?

¡¡Hombre, eso es mucho dejar!!

José JACKSON VEYAN.

LA GIRALDA

Tan unida está la torre alegre y esbelta que levanta la majestad de sus flechas en un escenario lleno de tradición y de poesía con la ciudad a quien protege, celosa del tesoro confiado a su custodia, que no se concibe la una sin la otra.

Esta torre, es obra de los árabes. El hijo, y sucesor de Abu-Yusuf, la mandó edificar para la gran mezquita construida en tiempos de su padre, siendo su autor el gran alarife Jaber.

Hay quien sostiene que un principio estaba destinada a observatorio, opinión deshecha por la crítica moderna.

Cuando el rey San Fernando conquistó la ciudad, respetó la torre tal como estaba. En 1345 hubo un terremoto que derribó las bolas que la coronaban, y entonces se puso un campanario. El actual que encanta con su sonoro repique fue edificado en el siglo XVI.

La torre mide desde la plaza del Cardenal Lluçh, al remate de la bandera del Giraldillo, 96,45 metros; y para subir a ella se usan rampas que se desenvuelven alrededor del gran eje.

En la Giralda se colocó en el año 1400 el primer reloj de torre que hubo en España, el cual como bedel honorario, dió la hora hasta el año 1762, en que fué jubilado.

La torre se coronó como reina de la gracia, con la famosa estatua que representa a la Fe, a la cual la gente tan aficionada a poner motes, bautizó con el nombre del Giraldillo, y esta notable y tornadiza estatua dió nombre a la torre sevillana.

El guante protector

Los guantes, tienen un origen remotísimo, y Homero nos presenta personajes que ya los usaban en sus tiempos.

Los griegos, que se distinguían entre los demás pueblos, llevaron guantes, no sabemos si de lana o de algodón, porque los datos no han llegado a tiempo. Los romanos, a quienes no gustaba ser menos que los anteriores, usaron los guantes cuando tocaban la mandolina; los escribas llevaban sólo mitones para tener las manos más libres.

Después el guante, es usado sólo como prenda guerrera en el siglo XI.

Los Pontífices lo usan rojo, sin botones y con una cruz en el reverso.

Posteriormente se hace popular, siendo España el proveedor de casi toda Europa, hasta que Francia nos arrebató este privilegio en el siglo XVIII.

Los guantes de estas épocas son de varias clases, desde la presumida seda al noblote algodón. Al de punto, que pronto suceden los franjeados, jaspeados, etcétera. Unos eran rectos, sin adorno, y otros los cerraban con nudos de cintas de color rojo las damas, y de color amarillo los caballeros.

En el siglo XVIII alcanza el guante su mayor apogeo y salvo ligeros toques que en nada alteran su forma es tal y como tenemos el gusto de conocer.

Aparte de ciertos usos, el guante tiene lenguaje con el que ha dado más de cuatro disgustos; ha sido empleado como instrumento de desafío, lanzándolo en son de reto y ha obligado a muchos cómicos a que, con la melena en desorden y el rostro descompuesto, como si les apretasen las botas, gritaran aquello de: «¡Os lanzo el guante, Gontrán!...» —Meridiano.

CUENTO

LA BUENAVENTURA

Dedicado a mi querido amigo Juan José Novo

I
El castillo hoy no es sino ruinas, arrigadas por verdes pabellones de hiedra tupida y salvaje, y a trechos desmoronadas, habiendo rodado sus peñas por las abruptas laderas del monte, hasta cerca del playazo, límite del dominio de los señores de Santillana. La torre era lo más antiguo, y quizá en ella se habrían defendido de los piratas normandos sus moradores. Vivían en este castillo doña Clara, señora de insigne prosapia y de muy buenos sentimientos, con su hijo, un joven de quince años que era activo, nervioso y muy aficionado al mar, como su padre, que perdió la vida en él. Llamábase éste Gonzalo, pero los pescadores del pueblito que rodeaba el castillo le llamaban Gonzalillo, porque así acostumbran en Galicia llamarles a los niños. El gallego sólo se distinguía de los rudos marineros en la instrucción que solía darle algún monje del monasterio de San Roque, situado a una legua de distancia del castillo, y donde se situaba en maticos estantes una biblioteca que vio a enriquecerse más con la invención de la imprenta y desde que el monasterio se convirtió en convento de Franciscanos. Leía con ardor los tratados de cosmografía y náutica, las relaciones de fabulosos y verdaderos viajes. Aun cuando estaba pegado a su castillo como las «michucas» a las peñas, sentíase hombre de mar. La familia poseía como embarcaciones las lanchas pescadoras que utilizaban sus siervos, y que estos tenían la obligación de cuidar y poner a la disposición de los señores cuando solían salir a echar redes o solamente a dar bordadas por la costa. A doña Clara no le gustaba nada que su hijo tuviera esa afición al mar, y un día le dijo, delante de la imagen del Divino Niño que veían en la capilla del castillo.

«Hijo mío, júrame delante del sacro altar que no te vas a embarcar más en tu vida.» Pero Gonzalillo, como si no hubiera oído lo que con energía dijo su madre, abrió la puerta de la capilla lentamente, y poco después sus leves pisadas se dejaban oír en la escalera que conducía al jardín.

II
No descansó doña Clara, hasta que encontró la manera de hacer perder a su hijo la afición que al mar tenía. Llamó a una mujer pescadora y le dió instrucciones sobre lo que tenía que hacer. Gonzalillo dormía su siesta cara al sol, sobre el montón de redes húmedas, aque-

lla tarde en la playa, cuando una leve palmada dada en su cara le despertó; y ¡oh sorpresa! una gitana, vestida como había leído en un libro (que si mal no recordaba era la *Gitánilla*, de Cervantes), se presentó ante sus ojos. El recuerdo de las palabras de su madre, dichas en la soledad de la capilla, y otras ideas de su desobediencia y de sus correrías cruzaron como rayo por su mente. La gitana no perdió tiempo; antes que se pudiese en plé el joven había interrogado:

«¿Quiere el señorito que le diga la buena ventura? — Un rato tardó en contestar. Se restregó los ojos y con voz apagada dijo después de poner unass monedas en la mano de la gitana:

«Dimela, pero bien, ¿eh? — «Cuatro palabritas bastarán para presagiar tu futuro, muchachuelo. Serás tragado por las olas de aquí a seis días. Nada más.» Y la gitana, con su aire peculiar, sin añadir palabra, se perdió entre las lanchas, mientras Gonzalillo pensaba en sus palabras.

III

Poco crédito dió nuestro héroe a las palabras de la gitana, pues a la mañana del día sexto de lo ocurrido, muy temprano, sin más compañero que un pliego de papel que llevaba en la mano, fué a la capilla, y a las plantas de la Virgen Abriedra puso el papel antes de decir:

«Virgen, Madre del Divino Verbo, que tanto amparastéis a mis antecesores, libradme de perecer en las olas de la mar.» Un rato estuvo diciendo estas o parecidas palabras, y cuando el horario marcaba las tres ya estaba bajando por el camino que bordeando la abrupta ladera conducía a la playa. Las marineras despidiendo a sus maridos, y éstos haciéndose sus barcos a la vela, fué el pintoresco paisaje que se ofreció a sus ojos. Estos, acostumbrados a ver a su señor en aquellos lugares y a aquellas horas, caso omiso hicieron de su presencia. Cuando se disponía a bajar de remo (pues ya estaba embarcado en una lancha) el pensamiento de siempre vino a su memoria y nuevamente fué rechazado. La lancha era mecida suavemente por las olas. En su idea de foguearse para buscar aventuras no veía que el cielo iba cubriéndose de negros nubarrones. El agua parecía, según el sol iba ascendiendo en el cielo, de plomo derretido. Gonzalillo iba acezando con fatiga. Atropelladamente izó la vela, y como si el viento esperase tal resolución para dar su siniestro bisco, una racha violenta medio hizo zozobrar la embarcación. El huracán hacia crujió violentamente la tablazón vieja de la lancha. Las olas se alzaban ingentes, reventando en montes de espuma, y los salseros inundaban al atrevido navegante. Estolido el cielo por gruesas nubes negras y cegado el muchacho por el agua y los espumajos que rompían contra la barca, no sabía a donde iba. La barca rápidamente se hundía. Gonzalillo sintió frío, mucho frío, y un gusto salado en la boca. Una ola enorme le arrastró. Fué llevado sin sentido hacia una inmensa roca. Allí permaneció cerca de dos horas, que le parecerían siglos. El temporal comenzaba a disminuir. Doña Clara estaba muy afligida por la desaparición de su hijo. No se atrevía a mandar ningún barco en su busca; pero cuando ya el cielo se despejaba, envió a Salnés, viejo marintero. Levado a su señorial mansión,

hubiera comprado a peso de oro; ni vestirse con los infinitos detalles de gusto y de efecto que hacen un complicado arte, de la necesidad de la vida. Si sabían todo esto, si se creían en ridículo por su presencia, ¿a qué la sacaron de Valdeparado? Entre lágrimas, piensa en aquella alegría febril que le causó la carta de Agustín, anunciando al notario la próxima llegada de miss Harvet para conducirla a la casa de campo, donde los Montellano veraneaban, y recordó también cómo el viejo cura al leerla, al reparar por unos cuantos detalles del papel, la letra y el estilo todo el refinamiento cultural y social del medio a que pertenecía el que la escribió, movió dubitativo y desalentado la cabeza... — ¡Me parece que será mucha jaula para este pajarito! — murmuró tristemente.

En este momento de amargura, Inmaculada entreve la vuelta a la aldea y piensa que llegará otra vez a su casa con el alma desgarrada por el desencanto; rotas las ilusiones; fallidos los sueños, llamando mentirosos a todos sus fantasmas de ideal y engañosas a todas las esperanzas de ventura. El pajarito herido retornará a curarse al viejo nidol del cual, quizá jamás debió salir. Pero ¿es posible que algún día suceda esto? Virginia que al comienzo la ha de-

do el legítimo desahogo del llanto, se inquieta ahora un poco al oír la sollozar convulsa.

«Vamos, querida, no llores así; no hay motivo para tanto. Si a cada nueva malignidad de mi hermana lo tomas por lo trágico, caerás enferma, o se te hará aborrecible y odiosa la vida entre nosotros. Ella es así; no puede ver a nadie, ni ella misma se quiere. Debes hacer caso omiso de cuanto te diga, y pensar que los demás, en cambio, te miramos con muy buenos ojos.» Suavemente, la voz y las palabras buenas penetran en su alma dolorida que no desea más que consuelos, y los sollozos cesan.

«Sí, tú eres muy buena, yo te lo agradezco. Y Pepe Luis también me quiere mucho, pero los demás...» Detiénese indecisa sin atreverse a decir que tras la pose glacial de su tía, teme haya un desamor completo.

«Los demás son mamá y Agustín, ¿no es eso?... ¡Qué niña eres! ¿No adviertes en mi madre la misma actitud para todos nosotros que somos sus hijos? Y eso que nos adora con todo su fervor. Pero es su carácter; no es expresiva. Aun te diré más: tiene como un orgullo especial en disimular sus afectos para guardarlos intactos en el fondo de su corazón; pero Dios sabe cómo y qué bien puede querer. Si algún día se revelase este cariño que por tí como por nosotros siente,

fué cuidado con el mayor esmero, y ya, al día siguiente, estaba completamente bien. Pero ¿creéis que se arrepintió? No. Por la tarde, desde un cantil que se dominaba la playa, esperaba vagamente ver perfilarse en el horizonte la arboladura de un barco y soñaba con saltar a bordo y emprender travesías muy lejanas a tierras desconocidas...»

ALEJANDRO M. ISUSI.

TE CONVIENE SABER...

Que el gran pintor Tiziano Vecelli, conocido con el nombre de El Tiziano, el representante típico de la escuela veneciana vivió noventa y nueve años (1477-1576), y durante toda su vida, hasta en su más avanzada edad, no dejó de pintar.

Que el bambú es el árbol que más deprisa crece: Según observaciones del Jardín de plantas de París, un tronco creció a razón de 15 centímetros por día. En las Antillas se han observado árboles de estos que crecen a razón de 60 centímetros cada 24 horas.

SALDO DE CHISTES MALOS

—¿Cuál es el colmo de un mudo? — Hablar con la boca... del estómago.

Entre amigos: —¿Has estudiado la lección? — Todavía no.

—Pues ya sabes lo que nos dicen en la escuela, que no dejemos para mañana lo que podamos hacer hoy.

—¡Claro, por eso me divierto hoy!

—Señor policía, vengo a comunicarle que he encontrado el reloj que creí que me habían robado.

—¡Caramba! Lo siento, porque ya estaba sobre la pista del ladrón.

—¡Qué pálida está la luna por las mañanas!

—¡Claro! ¿No ves que se pasa toda la noche sin dormir.

—¿Cuál es la ciudad más aficionada a la bebida?

—Guadalajara, porque hasta los bizcochos son borrachos.

Un municipal detiene a un borracho y le interroga!

—¿Cómo se llama usted?

—Juan Mata.

—¿Profesión?

—¡La profesión! La profesión anda por dentro.

—¿En qué se parecen las vías del ferrocarril al rascador de una caja de cerillas?

—En que son para que pase el mixto.

—¿Y un huevo al sol?

—En que se pone.

—¿Cuál es el colmo de un recaudador?

—Cobrar miedo.

—¿Y el de un andarín?

—Andar en lenguas.

Imp. de Manuel Sintes Rotger. — Plaza del Príncipe, 17.

FOLLETÍN DE «EL BIEN PUBLICO»

INMACULADA

—POR—
RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ.

(14)

—Me coronas de gloria, hija; cuanto menos bultos, más claridad.

Un portazo formidable da buena cuenta del malhumor que envenena a la irascible Marisa Montellano. De brucec sobre la mesa, Inmaculada llora amargamente. Si Agustín pudiese ver estas lágrimas, no se perdonaría jamás a sí mismo, el haber arrancado a Inmaculada de su idílico ambiente aldeano, saturado de calma, para traerla aquí, a debatirse entre estos rencores, envidias y miserias, fondo vil de las brillantes sociedades mal llamadas «selectas». Hoy es Marisa con su genio atrabiliario, que no la perdona el haber venido a ocupar un puesto en su familia la rústica, la paleta, la señorita hecha de prisa... Y mañana serán una falange de mujeres quienes, con la sonrisa en la boca y la hiel en el corazón, le escupirán con fina sátira bajo un tropel de frases corteses y hasta amables, todo el veneno de sus celos. Es demasiado hermosa para no despertar las admiraciones masculinas, y este crimen jamás es perdonado por una mujer.

Estas y otras cosas ignora por suerte Inmaculada y su candorosa inexperiencia la guarda también del tormento de presentirlas, pero en su corazón hay una angustia que estalla en sollozos y una inquietud que se traduce en lágrimas ante el punto negro que se alza a su vista. ¿Por qué no la quiere Marisa? ¿Qué le ha hecho? ¿Por qué se avergüenzan de ella todos, incluso ese Agustín, que es, a no dudar, un hombre superior? ¿Acaso bajo su vestido cursi no hay un alma honrada y un corazón leal? ¿Su vida no es un claro espejo sin tacha ni sombras? ¿Y por las venas de ella no corre la misma sangre que la de sus primos? ¿Son tan frívolos y vanos que para ellos es el todo un vestido elegante, unos modales sueltos, un trato social distinguido? Y las demás cualidades de inteligencia, de bondad, de corazón, que su padre y su abuela le enseñaron a cultivar con preferencia, ¿son nulas, no pesan nada en la balanza de estas gentes? Bien advierte la frialdad de su tía y el antagonismo declarado de María Luisa. Y al pensar en esto, la indignación la domina; ellos sabían que era humilde e ignorante, que criada en la aldea, entendía más del cuidado de su casa y de las prácticas labores femeniles, que de juegos de sport, modas y banalidades; que no sabía presentarse en sociedad con aquella desenvoltura de buen tono cuyo secreto

hubiera comprado a peso de oro; ni vestirse con los infinitos detalles de gusto y de efecto que hacen un complicado arte, de la necesidad de la vida. Si sabían todo esto, si se creían en ridículo por su presencia, ¿a qué la sacaron de Valdeparado? Entre lágrimas, piensa en aquella alegría febril que le causó la carta de Agustín, anunciando al notario la próxima llegada de miss Harvet para conducirla a la casa de campo, donde los Montellano veraneaban, y recordó también cómo el viejo cura al leerla, al reparar por unos cuantos detalles del papel, la letra y el estilo todo el refinamiento cultural y social del medio a que pertenecía el que la escribió, movió dubitativo y desalentado la cabeza... — ¡Me parece que será mucha jaula para este pajarito! — murmuró tristemente.

En este momento de amargura, Inmaculada entreve la vuelta a la aldea y piensa que llegará otra vez a su casa con el alma desgarrada por el desencanto; rotas las ilusiones; fallidos los sueños, llamando mentirosos a todos sus fantasmas de ideal y engañosas a todas las esperanzas de ventura. El pajarito herido retornará a curarse al viejo nidol del cual, quizá jamás debió salir. Pero ¿es posible que algún día suceda esto? Virginia que al comienzo la ha de-

la verías mostrarse con toda arrogancia en un instante dado, sin vacilaciones ni debilidades. Y mi hermano...

Se para Virginia un punto, como escogiendo las palabras que suben apasionadas a sus labios al intentar hablar de Agustín a quien quiere con toda su alma.

—Agustín es el hombre más bueno que conozco; tiene todo el aspecto distinguido y helado de mamá. Nadie pensaría que bajo esa apariencia impenetrable, hay una inteligencia que se preocupa de hondos problemas, cuya resolución traerá innumerables bienes para sus obreros, ni un corazón que sufre por la pobreza, por las calamidades, por los dolores de cuantos le rodean. Y si son pobres, a mayor abundamiento. Mira, no hay entre sus dependientes, enfermo, a quien él no visite dejándole sigilosamente bajo la almohada un socorro; ni pena para lo que no halle el bálsamo del consuelo; y para toda esa pléyade inmensa de criaturas que pueblan sus talleres, tiene un amoroso sentimiento paternal, algo grande y abnegado que por su naturaleza exquisita, parece rebasar el límite de los humanos afectos. Para todos los desheredados hay consejos, palabras de cariño, sonrisas alentadoras... Hay entre nuestros amigos quien le llama sentimental y absurdo porque está empleando las mejores energías de su juventud en el ideal